

LIBROS EN LOS OJOS.

Una ciudad secreta en la Segunda Guerra Mundial.

Denise Kiernan, *The girls of Atomic City. The untold Story of the Women who helped win World War II*, Touchstone, New York 2013, XXII-374pp.

Este documentado libro descubre en detalle un aspecto desconocido de la fabricación de la bomba atómica: la construcción en un paraje del estado de Tennessee llamado Oak Ridge de un laboratorio de aceleración de átomos en torno al cual se construyó también una verdadera ciudad para dar lugar a un enorme número de trabajadores.

La historia se teje alrededor de tres mujeres, Celia (Szapka) Klemmski, Collen (Rowan) Black y Jane (Greer) Puckett, reclutadas en lugares donde ejercían trabajos de oficina que fueron llamadas para ejercer tareas diversas relacionadas con el “Proyecto Manhattan”.

En torno a los rasgos biográficos de ellas, que resultaron modificados de manera notable por su estancia en Oak Ridge, la autora describe, organizando su consulta de los archivos y una amplia serie de entrevistas, la forma que fue adquiriendo el lugar con sus construcciones hechas de modo precipitado, su organización cívica y los límites de esta misma organización, pues, a pesar de la singularidad del sitio, en él se reprodujo la sociedad estadounidense de su tiempo, con segregación racial incluida y, con ella, la diferencia entre casas y departamentos que podríamos clasificar como de “clase media” y espacios de marginación planificados.¹

Es interesante darse cuenta de la manera como una organización de carácter militar (la presidencia inapelable del lugar la ejercía el General Leslie Groves) logró la convivencia civil entre personal que provenía de distintos lugares de Estados Unidos y una elevada “normalidad” que incluía la sociabilidad a través de reuniones y bailes con los resultados de noviazgos y matrimonios, los servicios de supermercado, correo y enfermería que llegó a convertirse en hospital, así como los “boy” y las “girl scouts” para los jóvenes. Como en toda población estadounidense, hizo acto de presencia también la pluralidad religiosa, destacando sin embargo la presencia católica, que casi desde los primeros días contó con un capellán de planta y la edificación de un templo que fue centro de celebraciones sacramentales y de sociabilidad. Buen número de los trabajadores, de origen polaco o alemán, se sentían en su casa ahí.

¹ “It is the first community I have ever seen with slums that were deliberately planned,” Enoch P. Waters wrote in 1945 in the *Chicago Defender*, describing the planning of Oak Ridge ‘as backward sociologically as the atomic bomb is advanced scientifically.’” P. 301.

A pesar de la “normalidad” de ese asentamiento humano, ésta no lo era en realidad. Las inspecciones a la salida y la entrada del espacio cercado, la censura de la correspondencia y de las llamadas telefónicas, las continuas advertencias sobre el secreto que había que guardar respecto de lo que ahí se realizaba y la artificialidad de no pocas actividades, desconectadas además unas de otras, creaban un ambiente de tensión. La necesidad de atención psicológica en muchos casos representó, según los profesionales que ahí estuvieron, un porcentaje mucho más elevado que en la población media de Estados Unidos.

Lo que más llama la atención en la lectura de esta obra es que las tareas para llegar a la construcción de la bomba atómica, que tenían antecedentes en trabajos teóricos de científicos europeos y estadounidenses, se realizaron, en pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial de manera separada geográficamente y con conocimiento unificado solamente del alto mando militar y del personal cercano al presidente Roosevelt. En Washington y Nueva York se tenían las reuniones de planeación y las relaciones, por ejemplo, con los dueños de minas de uranio, a pesar de que las de mayor abundancia se encontraban en el Congo belga. En Colorado y en Oak Ridge se elaboraban parte de los elementos, en Los Álamos, Nuevo México se concentró la parte de la continuidad en el aspecto teórico y la coordinación de las pruebas que tendrían que hacerse en el desierto, en Alamogordo.

Y llama aún más la atención –y no deja de ser algo admirable, imposible en los tiempos actuales--que los habitantes de Oak Creek hayan sido capaces de guardar durante los años de sus trabajos el secreto riguroso que condujo al éxito del experimento. En el libro de Kiernan se reconoce el efecto de la propaganda patriótica que llegó a ser como una “doble naturaleza” en la población, atizada con la repetición de que estaban contribuyendo al triunfo en la guerra de un modo determinante. En sitios estratégicos, a la vista de todos, estaban enormes carteles donde se advertía, por ejemplo, “Lo que ves aquí, lo que haces aquí, lo que oyes aquí, cuando sales de aquí, debe quedarse aquí.” Y en relación directa con el enemigo que sin duda estaba alerta: “Tu pluma fuente y tu lengua pueden ser armas del enemigo. Vigila lo que escribes y lo que dices.”

A la hora de que la bomba fue probada con éxito en el desierto de Nuevo México, la noticia no llegó a Oak Creek. Sin embargo, conforme se acercaba la decisión de dejarla caer en Japón, el Departamento de Defensa anticipó, aunque todavía bajo secreto, al periodista premiado William Laurence de The New York Times, los elementos posibles,

a fin de que elaborara una especie de boletín de prensa para darlo a conocer después del estallido. Al mismo tiempo se fue preparando a los habitantes de la “ciudad atómica” para la llegada de una noticia de gran calado. Al anuncio del bombardeo de Hiroshima se adicionó la revelación de los trabajos que se habían hecho en Oak Creek y en la definida participación de quienes ahí habían dedicado varios años su empeño.

No cabe duda que lo que se conoce a través de la lectura de este libro no sólo revela una de tantas facetas que la Segunda Guerra tuvo no sólo en el desarrollo de los hechos bélicos sino en los laboratorios de teoría y experimentación científica y en la maquinaria industrial puesta a su servicio. El caso de Oak Ridge es provocador de reflexiones que abarcan desde la inteligencia militar hasta las situaciones personales y familiares que resultaron modificadas. La obra de Denise Kiernan es, no cabe duda, una aportación fundamental. El planteamiento ético, a la distancia de casi setenta años, revelaría la no ambigüedad del uso militar de la energía atómica y los límites de la victoria de 1945. La mirada histórica a lo que pasó durante la “guerra fría” con ese secreto tan bien guardado y la amenaza que aún no se aleja de la humanidad, no dejará de aportar elementos de reflexión para nuestra vida sobre la tierra.

Más allá de los experimentos científicos y sociológicos, Colleen Rowan dijo: “No me sentí parte de un experimento sino de una comunidad única e inesperada que el Proyecto [Manhattan] nunca anticipó.”²



Manuel Olimón Nolasco.
(17 de junio de 2013)

² P. 306.